

## CAPÍTULOS GRATUITOS

### **Años Luz**

Carlota Lama

## ANTÓN

Antón abre la ventana. No llueve, por fin. La gente lleva paraguas, por si acaso, y camina despacio mirando al suelo para no hundirse en los charcos. Los coches escupen agua al pasar por la calzada y la ciudad entera huele a humedad. Hace meses que Antón no pisa la calle. Ha dejado de interesarle el mundo de ahí fuera. Conoce todos y cada uno de los detalles de su calle y de su barrio. No hay nada que despierte su curiosidad y que no pueda ver a través de su ventana o lo que es mejor, imaginarlo. Por eso no le gusta la televisión, no te permite imaginar, te lo da todo hecho. Sin embargo, le gusta que le cuenten.

Su calle es estrecha, pero muy transitada. Conduce al mercado de abastos y las mañanas son un ir y venir de personas, con bolsas vacías primero y algo más tarde, al volver, llenas. A la derecha de su ventana hay una esquina con un pobre. Con horario de mañana, cuando tiene más posibilidades de que los viandantes le dejen algo de comida. Por las tardes se traslada a la puerta de la iglesia, con horario pactado con otros pobres, de cinco a siete. Misericordia...

A la izquierda, al fondo, la calle desemboca en una plaza pequeña y detrás el mar, el mar entero. Cuando ruge bravo, su rumor se cuele en la galería de Antón e intenta asustar. Delante de su ventana, en la casa de enfrente, hay un balcón con flores que cuida una chica los sábados por la tarde. Si le dolieran menos los huesos, especialmente los de las rodillas, se ofrecería a ayudarla. Parece simpática y canta bien. Podría cruzar la calle, subir a su piso, llamar a su puerta y decirle:

—Hola, soy Antón, su vecino de enfrente. ¿Quiere que le ayude? La observo todos los sábados desde mi ventana y sé bastante de plantas. Podríamos mejorar mucho este balcón. He sido jardinero.

—Oh, gracias! —diría ella abriendo la puerta para que entrase—. Pase, pase, a mí también me encantan.

Y entonces él entró, y a partir de aquel momento todos los sábados por la tarde tendrá una cita con Luz, la chica que cuida las flores de su balcón en la casa de enfrente.

Cuando el viento cambia a sur, Antón abre la ventana de la galería gallega detrás de la que vive y sabe que a partir de las siete de la tarde escuchará una música. Acordes, notas repetidas, escalas. No sabe lo que es una escala, ni un acorde, pero le gusta escucharlo. Tampoco sabe muy bien de dónde viene, aunque piensa que la música se escurre por el balcón de la chica que cuida las flores. A veces, las repeticiones adquieren ritmo, el ritmo se transforma en melodía y el corazón de Antón desacelera para no perderse aquella música que entra para él a través de su ventana.

Hasta hace poco paseaba por el jardín, por las mañanas, claro, como siempre, como si fuera a trabajar, pero el jardín ya no es lo que era. Los rosales de la rosaleda no están bien podados, muchos chupones invasivos absorben la fuerza de la planta madre e incluso ha tenido que quitar con sus manos artrósicas flores secas en bastantes ramas descuidadas. Algunos setos se han secado en las zonas más umbrías, los paseos se llenan de hojas sin barrer que crujen bajo sus pisadas y el estanque está sucio. Antón siente pena ante el deterioro de lo que ha sido su hogar durante más de treinta años, tanta que ha decidido dejar de ir. Y ya no busca alternativas, prefiere quedarse en casa. Si no hay temporal desayuna con la ventana abierta porque sabe que los mirlos van a verle como hacían cuando les llevaba migas al jardín. Hay días que le cantan con elegancia sublime y él les da las gracias y les deja las migas que aparta del desayuno en el alféizar de la ventana. Ellos se acercan y picotean agradecidos especialmente cuando las migas llevan un resto de mermelada. En invierno casi nunca vienen a visitarlo. Hace demasiado frío y Antón se pregunta dónde se resguardarían ahora. Recuerda que cuando trabajaba en el jardín todos los estorninos de la zona habían hecho su casa en dos árboles, dos carvallos gigantes, y al atardecer llegaban a miles a pasar la noche. Se iban colocando en fila, muy, muy juntos por todas las ramas y cuando desaparecía el último atisbo de luz apenas quedaba sitio para uno más. Era un espectáculo ensordecedor, y algunos decían que muy sucio pero a él le llenaba de vida. Ahora, con el primer sol de marzo comienza a regresar algún mirlo a su ventana y vuelven a desayunar juntos.

A su mente aún lúcida vuelven imágenes, sensaciones, escenas de cuando aquel jardín perfecto, pulcro y acogedor era su orgullo. Era su obra, le pertenecía y nunca sintió que era un asalariado al que le debían una paga por su trabajo, por supuesto necesitaba dinero para vivir, pero se sentía tan feliz en su jardín que ese derecho, que todo el mundo reclamaba, era para él otro regalo añadido a la suerte que había tenido en su vida. Las reivindicaciones laborales no las entendía bien, la lucha de clases eran asuntos complicados de otros y su pasividad y falta de ambición le complicaban a veces la vida con sus compañeros. No es que fuera tonto, manipulable o insensible. Era un ser pacífico, práctico, con pocas necesidades y la mente muy clara. «Para qué acumular más cosas que no necesito, para qué mejorar de trabajo si el que tengo me gusta y me hace feliz, para qué casarme si no siento la necesidad de tener una familia, para qué...». Tampoco se sentía un ser abusado por la sociedad, por sus jefes o por su entorno. Aunque era generoso, también sabía poner sus límites, ya que siempre había valorado mucho su independencia. Pero en principio era un ser colaborador por naturaleza y ese

mundo tan sencillo en el que había creado su pequeño espacio era plenamente satisfactorio para él. Realmente habían sido años felices...

En el local debajo de su casa hay una panadería y cuando Antón se levanta y abre la ventana los aromas del horno trepan por la fachada y entran atropellándose. Se sienta en su butaca e inspira aquel olor antiguo, tan hogareño y llano que le transporta a la infancia y al crujir de un bocadillo. Por fin, llaman al telefonillo y la hija de la panadera le sube el pan del día.

Antón ya está arreglado y limpio, con un jersey de cuello alto y una chaqueta bien gorda de ochos que le hizo su hermana. Siempre hace frío. El viento se cuele por las rendijas de las ventanas de su vieja casa, más gélido cuando sopla del norte, más templado y húmedo cuando llega del sur. Pero dentro siempre hace frío. El sol pasa de largo por aquella acera y él echa de menos el calor suave de sus rayos en la espalda cuando trabajaba en el jardín. También echa de menos la lluvia, aquella lluvia apacible que limpia, alimenta y acaricia. Ahora la lluvia agrade sin piedad, como todo...

Se oyen las ruedas de un carrito de la compra. El rodar es ligero, está vacío y va camino del mercado. Cuando vuelva, el ruido será diferente, más sordo y grave, si va lleno, claro. La mujer de mediana edad debe de tener familia numerosa, ya que va diariamente a la compra y vuelve arrastrando el carrito con una mano y cargada de bolsas en la otra, con expresión de cansina monotonía.

Terminado el desayuno, lleva la bandeja a la cocina y friega el plato de la tostada, la taza del café y los cubiertos. No tiene lavavajillas. Para él solo... Guarda el frasco de Nescafé en el armario y la leche en la nevera.

Hay días que se ducha antes del desayuno. Otros después. Son lapsus que aún permanecen en el automatismo de su rutina de antiguo trabajador. Le cuesta un poco entrar en la bañera, las rodillas, que duelen, pero siempre lo consigue. Si algún día están demasiado desafiantes se sienta en el borde y gira. La sensación de toda una vida cuando el agua resbala por su cuerpo... Sensaciones que aún le quedan a pesar de todo. Minutos que merecen la pena vivirlos, aún. Se seca despacio, porque el aseo de la mañana le gusta disfrutarlo, ahora que puede. Antes salía corriendo, casi siempre justo de tiempo, porque tener el trabajo al lado de casa es un engaño. Siempre te engaña el tiempo. Las rodillas se quejan ahora de tantas horas dobladas antes, cuando trabajaba tan cerca de las flores. Seguro. Pero es un dolor dulce y querido, ya que proviene de aquella vida que tanto amaba. En cambio, los otros, los de la cadera y el fémur son traicioneros y amargos, porque le transportan, sin remedio, al día en que todo pasó.

Se sienta en su ventana y recuerda. Está plantando un arriate de petunias azules y blancas. Él quería insertar otro color, pero el jefe opina que dos son suficientes. Siempre le gustaron los colores. Con esfuerzo había conseguido preciosas hortensias rosas que eran la admiración de todos los paseantes. Le habían felicitado porque la tierra ácida gallega se empeña en teñirlas de un azul intenso. Qué satisfacción le produce a su jardín, su obra de arte viva, rebosante de color, serenidad y elegancia. Lo cuidaba con mimo como si fuera un bebé delicado, le cantaba, y cuando alguna planta se entristecía, él le susurraba palabras de ternura como las que le musitaba su madre cuando él, de pequeño, tenía fiebre y dormitaba en la cama. Lo revive una y otra vez para reencontrar, escondidos en su memoria, aquellos sentimientos perdidos en el tiempo, y a veces los

encuentra y los alimenta con cuidado, no vaya a ser que se atrofie definitivamente su maltrecha capacidad de sentir..., lo bueno, claro.

Cuando llama la hija de la panadera a veces le encuentra duchado y vestido, otras no. El tiempo, que sigue engañándole, que mezcla los días y a veces las horas. Todo se cruza.

—Buenos días, Antón. Hoy vas algo retrasado, ¿no?

—Sí ya ves, hija, que me ló, esto de ser mayor es muy complicado.

—¿Te ayudo en algo?

—No, muchas gracias. Ya lo sabes, a veces voy un poco lento, pero siempre me apañó.

—¿Enciendo el brasero?

—No, déjalo.

—¿Quieres que te haga las tostadas? Hoy está mi hermano abajo y tengo tiempo.

—Gracias, niña, pero con la condición de siempre.

—¿Sí?

—Que te tomes un café conmigo y me cuentes...

—Siéntate, que ahora vengo con todo.

»Las tostadas con el pan de barra gallega, que ya sé que te gustan más. Tengo una noticia que darte y vas a ser el primero en saberla después de mi madre.

—Dime, dime.

—Pues..., que me caso.

—Y lo dices así sin más, tan plano.

—¡Me casoooo!

—Eso está mejor, María! ¡Enhorabuena! ¡Dios, cuánto me alegro! Os ha costado un rato la decisión.

—Es que no es nada fácil, tú lo sabes bien.

—Ya, ya, nunca fui capaz. Me parecía demasiado complicado. ¿Cuándo?

—En septiembre. Tienes que venir, por favor, por favor, Antón. Te llevamos y te traemos nosotros. Tú solo tendrás que vestirte.

—Pero si no tengo ni un traje para ir de boda!

—Existen lugares donde se alquilan esas cosas... La excusa no vale. Tendrás que inventar otra.

—La encontraré

— ¡Antón, joder! No seas tarugo, pero voy a recordarte algo importante, por si has perdido la memoria. ¿Cuántas horas he pasado aquí contigo de pequeña mientras mis padres trabajaban? ¿Quién me cuidaba, me contaba cuentos, me acostaba cuando mi madre se retrasaba y se me cerraban los ojos? ¿Quién hace algo así después cuando vuelve de su trabajo? Un casi padre, ¿no? Solo hace unos meses que se murió tu amigo del alma, mi padre, y tú..., bueno, ya sabes... La boda no sería igual sin ti. Que sí, que ya sé que no sales, que no te gustan esas cosas y que será un gran esfuerzo, pero me gustaría tanto que estuvieras a mi lado... ¡Jo, Antón, por favor!

— ¡Para, para! Bueno, aún queda tiempo para pensarlo.

— Pero lo pensarás, ¿verdad? Además, si no vienes es que no te alegras tanto como dices...

— Que sí lo pensaré lo pensaré

— Oye, ¿no te cansabas de aguantarme? Tú que no tienes hijos, es muy raro lo tuyo, y yo no era especialmente tranquila...

— La verdad es que no lo pensé mucho, fue pasando como tantas otras cosas.

— Siento tener que decirte que aunque no vengas a la boda no eres malo.

— Vaya, gracias...

— ¿Sabes? Ayer vi un vestido precioso, de color *beige*, el blanco no me gusta. Nos casaremos en el pueblo, es más bonito y barato. En la capilla sobre el acantilado, A Virgen de Uxá, y cerca hay un restaurante en el que celebran banquetes y que lo hacen muy bien. No es muy grande, pero seremos pocos.

— Lo tienes todo bien pensado.

— Oye, Antón, me siento..., no quisiera...

— Lo pensaré niña, lo pensaré

— En el armario de papá queda algún traje, tenéis la misma talla...

En la acera de enfrente sí que da el sol. Por eso el balcón de Luz tiene flores todo el año. De muchos colores como le gustaban a él, cuando era jardinero. En verano, cuando el sol está muy vertical, sus rayos también acarician la fachada de su casa un rato por la mañana, y como nunca hace demasiado calor en aquella tierra, Antón agradece su calidez. La soledad, el sosiego y la vida que vas dejando atrás te enseñan a pensar, por eso él nunca se aburre. Su mundo interior es inmenso, mucho más brillante y vivo que el exterior, también más auténtico y noble porque a él no lo puede engañar. Está lleno, tan lleno que a veces se pierde dentro él, como en un laberinto imposible y pasa horas enteras sin poder salir. Así se deslizan las mañanas, pensando. Parece dormir, pero no duerme. Solo piensa, recuerda, revive, cuida el jardín. Para él, recordar, volver al pasado no es una negación del futuro, solo es otra forma de revivir todo lo que ha experimentado a lo largo de su vida, como si dispusiera de una segunda oportunidad. Eso sí convive con un escotoma temporal, tan definitivo y radical que cierra el discurrir natural del tiempo vivido y divide brutalmente en dos su existencia: antes de lo que pasó y después. Sus recuerdos se limitan al antes, cuando aún se creía libre. Solo siente no

poder recordar más, vivir de nuevo cada instante de aquella vida porque sabe que si no los recuerda es cómo si no los hubiese vivido. Como si ya hubiese muerto. Tantos años y a qué poco se reducen en el recuerdo...

Ahora que ya se encuentra en el después, en esa segunda parte de su existencia mucho más dura que la primera, no piensa dejarse vencer. Sabe que todo es diferente, pero él piensa vivirlo con la intensidad que pueda. La intensidad se pone donde uno quiere, no donde le dicen a uno que hay que ponerla. Lo aprendió hace tiempo, cuando se quedó solo en la penumbra. Ahora está convencido de que una vida intensa no consiste en hacer muchas cosas, una detrás de otra de forma atolondrada, sino en hacer menos, pero de forma más consciente. Hubo una época en su juventud en la que sí vivió atolondrado. La vida era inabarcable, atractiva, fascinante. Se sentía vital, seguro, físicamente fuerte y dispuesto a todo. Después, fue frenando los impulsos y el jardín, las plantas y las flores le enseñaron a observar su entorno y a vivir con más sosiego.

Aprendió a ser paciente mientras un brote se decidía a apuntar, comenzó a entender la vida y sus ciclos y con todo ello su afición al trabajo fue creciendo a medida que se iba introduciendo en el mundo de las plantas. Trabajaba sin horario y siempre estaba dispuesto a sustituir a compañeros. «Antón, como tú no tienes familia, ¿te importaría venir mañana?, es que yo...», le decían. El jardín había sido su único interés y la causa de su deformación profesional durante los primeros años de su vida laboral. Para él su trabajo no era tal, era su *hobby*, su afición más gratificante. Era consciente de que pocos de sus compañeros, y muchos menos de los visitantes de aquel jardín entendían que aquellas plantas eran seres vivos, que sentían, se entristecían y dormían por las noches. Su vida vegetativa era mucho más parecida a la suya de lo que afirmaban los libros. Él lo había comprobado a lo largo de los años, comprendía sus expresiones, el carácter de cada especie y su forma de comunicarse con él. Especialmente con él y no con los otros compañeros. Es que ellos ni se dejaban ni les interesaba. Simplemente seguían las órdenes del jefe y cumplían con su trabajo. Incluso algunos estaban convencidos de que Antón estaba muy próximo a la demencia.

Con el paso de los años, su mundo se fue ampliando y su imaginación se fue poniendo en marcha. Por eso cuando todo sucedió, su mente ya estaba mejor preparada para buscar recursos en su interior. Y fue así cómo, al tiempo que su vida real se ralentizaba, su curiosidad aumentaba. Ahora esa bendita curiosidad lo mantiene vivo aunque haya dejado de pisar la calle. Su percepción del mundo se está haciendo distinta, nueva, más profunda. Ahora lo ve con claridad y repasa todo aquello que pasó por delante de sus ojos sin ser visto, toda aquella belleza que un día dejó escapar porque sus ojos solo querían ver la belleza de sus flores. Como los temporales de invierno que azotan las rocas de su ciudad o los atardeceres en la playa, o las descargas de pescado en los amaneceres del puerto. Podía estar presente, pero las imágenes que captaba su mirada tenían escasa influencia en su mente. Rebotaban sin dejar apenas rastro. No es que se arrepienta ahora por haberse dedicado a sus plantas. Se arrepiente de haberse dedicado demasiado a ellas.

Ahora, desde casa, atiende, escucha y fundamentalmente imagina. Lo percibe todo, pero ya no sale. Utiliza aquellas imágenes que un día rebotaron en su mente para reconstruir su mundo, un mundo solo suyo lleno de sensaciones agradables, que son muchas, y del que prefiere excluir el odio y la bajeza moral. Todo eso, que choca con la

barrera de su mundo interior, lo deja para la vida actual que otros viven. Nunca se ha parado a pensar si ha desperdiciado su vida o si ha perdido el tiempo. Los rencores consigo mismo no van con él... Además, desde muy pequeño siempre ha tenido la sensación de estar muy ocupado y siempre ha tenido algo que hacer. Con eso de que vivía solo, todo el mundo recurría a él cuando había alguna avería. Antón, que siempre fue un manitas, era capaz de reparar casi todo tipo de desastres caseros. Sus ágiles manos, su mente práctica y su espíritu colaborador hacían un equipo perfecto. Electricidad, fontanería, carpintería, cualquier avería que no fuese excesivamente complicada podía ser solucionada por aquel vecino siempre dispuesto a echar una mano. Por eso, su cocina rebosaba de guisos, postres y otras delicias regaladas por los agradecidos. Sin embargo, todo aquello que no fuese jardinería sí que era un trabajo para él, independientemente de que lo hiciera de buen grado y sin cobrar. Una de las paradojas de su vida: le pagaban por dedicarse a su *hobby* y no recibía nada por trabajar..., excepto manjares, eso sí.

Le gusta su dormitorio, por eso no utiliza la sala. Aquí la galería está incorporada a la habitación, por lo que las cristalerías llegan hasta el suelo dejando pasar sin ningún recato el cambiante clima de aquella esquina de la costa. Se inunda todo de luz en las tardes veraniegas cuando los rayos del sol rebotan en la pared blanca de la casa de enfrente o de grisácea oscuridad cuando las frecuentes tormentas invernales azotan con furia los cristales. Entre lo que escucha en la radio, lo que huele, lo que ya sabe por experiencia y lo que intuye, Antón se ha convertido en uno de los mejores hombres del tiempo de la ciudad sin necesidad de pisar el exterior. Seguro de que la hija de la panadera le consultará el pronóstico del tiempo para el día de su boda... En su dormitorio ha reunido todo lo que necesita. La camilla, su butaca tan cómoda, la cama bien cerca, el armario con su ropa, la puerta del baño. Hace años sí vivía en la sala, pero ahora le parece inhóspita, oscura, incómoda. Desde que cambió el colchón de su cama ya no le duele la espalda. Fue caro y aprovechó parte de la indemnización para pagarlo. En este colchón nuevo nunca ha dormido la chiquilla de la panadera porque ya era mayor y podía quedarse sola en casa. Dormía en el otro, el que estaba hundido y se clavaban los muelles. Pero a ella le daba igual, caía como un tronco en el abismo del sueño y cuando su madre volvía a recogerla, la cogía en brazos y nunca se despertaba. Antes de que él terminase con el cuento que le estaba contando, sus párpados se iban cayendo, empujados por el peso de las pestañas. Qué preciosa era...

Cuando se despierta cada mañana se encuentra con su inseparable amiga. «Buenos días, Soledad». Y la Soledad lo abraza, y él se acurruca en ella, y ella lo acoge, lo protege y sabe de su necesidad de serle fiel. Antón se siente bien en sus brazos, ya no la teme, como en alguna ocasión le ocurrió en la vida, y habla con ella; ella lo escuchará siempre. Había nacido con él, cuando su madre murió en el parto y su padre trabajaba duro para sacarle adelante. Aparcado durante largas horas en casa de una tía mientras su padre estaba en el trabajo pronto aprendió a no necesitar a nadie. Pasados los primeros ímpetus juveniles en los que su cuerpo fuerte le proporcionó mucho disfrute y placer, otro suceso le obligó a madurar rápidamente, su padre murió de una larga enfermedad. En este momento lo encontró Soledad por segunda vez. Solicitó una plaza de aprendiz de jardinero en el ayuntamiento y al ser huérfano de padre y madre se la concedieron. Esta sería su vida desde entonces. Se hizo más callado y solitario a medida que también se incrementaba su pasión por las plantas. Y ya nunca más se separó de Soledad.

No vivió solo toda su vida de forma premeditada, simplemente sucedió. Su introversión, su dificultad para expresar sus sentimientos y su falta de vocación por formar una familia lo mantuvieron soltero. Se encontraba bien así y no echaba de menos la compañía femenina. Sus apetitos sexuales eran periódicamente satisfechos por Filo, una ya amiga que trabajaba en un burdel del puerto. A veces se pregunta qué habría sido de ella.

—Jefe, ¿plantamos en esta zona las buganvillas? Se pondrán preciosas, aquí da mucho el sol de la tarde.

—No me preguntes, Antón, hazlo sin más. Si sabes tú más que yo de este jardín.

—Ya, pero usted es el jefe.

La radio te cuenta cosas, como cuando se juntan las palabras y forman una historia que ves dentro de ti, por eso le gusta. La radio forma parte de su programa de tarde. Cuando dejó de trabajar se desordenó su vida. Totalmente. No había manera de controlar el paso del tiempo y las tardes atropellaban a las mañanas, las noches a las tardes, y las mañanas a las noches. Todo era un caos. Se descontroló su vida de tal forma que pensó que ya nunca más volvería a ser dueño de ella. Pero lo fue consiguiendo y ahora el orden es fundamental en su rutina. La clave de su existencia. Le ha costado aprenderlo, pero ya no puede vivir sin él. Tanto el orden horario como el orden espacial. Con él orienta su existencia de forma segura a pesar de que a veces las rutinas se entrecruzan y lo desorientan. El orden le permite seguir sin depender de nadie. Solo de María, que sube dos veces al día.

María es como una hija. Él, que siempre había rechazado la idea de tener un hijo pensando que en el mundo ya había suficientes niños y que para uno que no siente la necesidad de inmortalizar sus genes era mejor estarse quieto, se encontró sin pretenderlo con una niña que cuidar. Y para colmo, ni llevaba su genética... Aquello le dio qué pensar durante mucho tiempo, fue como un primer aviso de la impotencia de las personas que se sienten con absoluto control de sus vidas sin entender cómo esa vida juega con ellas y con su pretendida libertad. Sin embargo, aquel primer desvío de sus planes vitales no le supuso demasiado esfuerzo, es más, encontró en aquella nueva situación algo progresivamente adictivo que no entendía bien. También moderó su arrogante independencia juvenil y le enseñó que no es tan fácil vivir aislado dentro de una sociedad tan interrelacionada.

Ahora, después de tanta vida sabe muy bien que una cosa es ser autónomo y otra muy distinta ser anacoreta. Por las mañanas, cuando María sube con el pan, apunta lo que necesita de compra, pasa por el mercado a lo largo del día y cuando se cierra la panadería, sube a verlo y le lleva la compra. Él come muy poco, por lo que la compra es sencilla. Le gusta cocinar. Presume de hacer la mejor tortilla francesa de la ciudad y María le toma el pelo. «Cualquier día te dan una estrella Michelin», le dice. «No me hace falta», asegura él muy serio sin tener mucha idea de qué le está hablando la chica. A veces le echa jamón, o tomate. Con cubitos de caldo hace sopas de fideos, que también le encantan. A menudo le suben una empanada de atún de la panadería y la disfruta durante una semana entera. La madre de María también sube a verlo, pero menos, porque trabaja día y noche. A pesar de todo el pan que come, está esquelética

porque el trabajo la consume. Como a su hija, que se le notan todos los huesos del cuerpo.

Los sábados por la tarde, Mar á sube temprano porque después sale con su novio. Coincide con el momento en que Luz, la chica de la casa de enfrente, cuida las flores de su balcón. Comentan los cambios que hace, los trasplantes, las flores que han salido nuevas o las que parecen tener los días contados.

—Con la tarde tan buena que hace, la chica de enfrente debería aprovechar para abonar todas las macetas. Es el mejor mes para hacerlo —dijo Antón.

—Deberías ir a ayudarla. Seguro que le pondrás un balcón precioso.

—Ya, pero no la conozco. Hace poco tiempo que vive en esa casa.

—Sí son nuevos. Me lo dijo mi madre.

—Huelo a jazmín.

—Yo no. Tu olfato mejora con la edad, Antón.

—Ya ves, para compensar... Oye, niña, el jueves es el aniversario de tu padre, ¿no?

—El viernes, que es 15. No te preocupes, que vendré a recogerte.

Hace un año que el padre de Mar á murió de un cáncer y su viuda ha convocado a la familia que quiera participar y a Antón a una comida en su recuerdo. Habrá grandiosas empanadas. No hay misa, porque no son creyentes, así que todo se hará en su casa, en el edificio contiguo a la panadería. Ese día, a partir del mediodía se pondrá un cartel en la puerta: «Cerrado por aniversario de defunción» Mar á tiene un hermano y todos trabajan en el negocio, se llevan bien porque no tienen tiempo para llevarse mal. Son gente sencilla, noble y de fácil convivencia. Manolo, el padre de Mar á, era uno de los mejores amigos de Antón. Salían juntos a caminar por el paseo marítimo cuando ambos terminaban el trabajo y comentaban lo sucedido en la jornada. A Manolo también le encantaban las plantas y cuando tenía un rato se iba al jardín a ver trabajar a Antón y aprender de jardinería. «Tú lo que quieres es quitarme el trabajo», le decía el jardinero a su amigo cuando este aparecía dos días seguidos. Un día se pelearon de verdad. Manolo era del Dépor y Antón del Celta de Vigo. El panadero no se cansaba de llamar traidor a su amigo hasta que una tarde le pilló cruzado y se enzarzaron. El enfado les duró unos cuantos días, la reconciliación se celebró con Albariño, pero ambos siguieron defendiendo las bondades de sus equipos y discutiendo como antes.

Antón le echa de menos. Mucho.

...No es fácil ser autónomo mentalmente en un mundo en el que todo tiende a dirigirte, manejarte, anular tu espíritu crítico para que no quede el más mínimo resquicio que pueda escaparse a esa sutil manipulación que nos domina. Estamos globalizados, ese término tan nuevo como perverso, y que esconde, bajo la apariencia de un beneficio para el ser humano, una clara intención de esclavización económica y anulación de las diferencias que puedan interferir en ella. Se impone, en vez de dialogar, se engaña, en vez de informar, se amenaza en vez de convencer. Y después se envuelve todo en papel de regalo y se ofrece como la única y maravillosa solución para ser feliz. Y hay que

considerarse tan afortunado por poder participar en un mundo lleno de belleza, de amabilidad, de conocimiento, de modernización, de tecnología...

Antón escucha la radio y esta meditación le hace pensar durante días enteros. Se ha enganchado a un debate de tarde en el que participan personas interesantes y que tratan cada día un tema concreto. Por primera vez parece que ha entendido qué significaba la globalización. Intenta analizar su vida y comprobar hasta qué punto está globalizado y le entra la risa. Ese mundo del que hablan en la radio va por otro camino bien alejado del suyo. Impensable que esa vida tan actual y moderna tenga algo que ver con él. Pero se puso a buscar. Como un juego. No va a la moda, no le gusta la nueva cocina, apenas sale, le gusta escuchar la radio, el fútbol ya no es una afición, prefiere estar solo, no ve la televisión y no tiene un millón de euros para consumir. Llega a la conclusión de que, las personas desamparadas y humildes como él no interesan a la globalización. «Habría que tener un mínimo de nivel para que se molesten en globalizarte», piensa. Y se queda tranquilo con una media sonrisa congelada en los labios.

El pan ha pasado a ser la base de su alimentación, como el arroz para algunas culturas orientales. Siempre le ha gustado, pero ahora más. A medida que los de abajo han ido experimentando con diversas masas, Antón ha sido el primero en probar los resultados y dar su opinión. Ha de reconocer que le gustan todos, aunque su preferido sigue siendo el de su infancia: el macizo, denso y sabroso pan de bolla de Santiago. Ahora, cena pan con algo. Es tan fácil, tan cómodo, tan rápido que ya no se preocupa de más. Así por la noche no tiene que fregar, aunque no le disguste la sensación de notar el agua templada con jabón en sus manos cuando friega el par de cosas que utiliza al mediodía. Realmente está orgulloso de sí mismo. Ha sido capaz de sobrevivir, de recuperarse y a pesar de la fuerza con que algunos odios camuflados en su interior surgen de vez en cuando es capaz de dominarlos para que se aparten del centro de su vida. Que no le hagan más daño, que ya ha tenido suficiente...

María lleva tiempo intentando convencerle de que necesita moverse. Dice que desde que ha dejado de salir sus músculos tienen que estar atrofiados y que cualquier día no va a poder ni levantarse de la cama. Él la escucha en silencio, pero sabe que es verdad. A veces pone disculpas: «Es que las rodillas...». «Si no las mueves será peor», le contesta ella. Lo piensa y un día tiene una idea. «Ya está arreglado». Al día siguiente, cuando le sube el pan por la mañana se lo propone.

—Oye, María, aún no me has dicho dónde vas a vivir.

—Sí te lo he dicho, pero no te has enterado.

—¿Me lo podrás repetir si no te importa y no es demasiado esfuerzo?

—Bueno, vale, pero la próxima ya puedes poner más atención...

—Te estás volviendo como tu padre.

—No seré extraño.

—¿Me lo vas a decir o no? —Les gustan estos juegos.

—Al final de Acacias, hemos alquilado un piso de dos dormitorios. Está a diez minutos de aquí por eso es un poco caro. Entre el sueldo del gimnasio de Suso y el mío lo podemos pagar sin demasiados agobios. Espero que a él no lo echen...

—Es que se me ha ocurrido una idea. ¿Es amueblado?

—Si queremos muebles nos cuesta algo más. La cocina sí lo está.

—Te regalo todos los muebles del salón.

—¿Cómo dices?

—Sí sí todos, sin dejar uno. Así te saldrá más barato el alquiler. Solo tienes que comprar la cama de momento. No son malos, pero yo no los quiero. Úsalos tú y si más adelante no los quieres y puedes comprarte otros más modernos, los tiras.

—Ahora sí que creo que has perdido la cabeza de verdad. ¿Y tú qué vas a hacer?

—Lo mismo que hago hasta ahora. Vivir en mi habitación. No necesito más.

—¿Y si tienes una visita?

—¿Has visto alguna en estos últimos años?

—No.

—Solo pongo una condición. Quiero utilizar el salón de gimnasio. Necesito la ayuda de Suso. Que me enseñe algún ejercicio, que me consiga alguna colchoneta, en fin, todo eso.

—No te creo.

—Pues está todo muy pensado y decidido.

—¡Joder! ¡Joderrr!

—María, no seas tan bruta...

—Es que eres grande, Antón! Eres genial. Nadie puede contigo. ¡Trato hecho! Mil gracias, amigo. Se te quiere...

—Anda, déjalo, no seas cursi.

—¡Mira que eres cardo, Dios! Pero..., ¿estás seguro de verdad, de verdad?

—Anda, vete.

«Los camelios estarán floreciendo», piensa. Antes eran sus flores preferidas, pero ahora le gusta más el olor de las gardenias. Si las camelias tuvieran aroma serían indiscutibles. Una vez fue a ver un concurso-exposición de camelias que organizaba el Ayuntamiento de Pontevedra. Por supuesto, no se lo pagaron, pero fue porque quería ver las diferencias que existían con las que ya conocía y aprender algo más de ellas. Ningún compañero quiso desperdiciar un día de fin de semana para ir a ver más flores con él. Así que se fue solo. Su sorpresa fue enorme, jamás había visto tal variedad. Allí aprendió que algunas especies de camelias sí tenían aroma e intentó plantarlas en su jardín, pero al jefe no le entusiasmó la idea. «Ya tenemos una espléndida rosaleta»,

dijo. También aprendió que las camelias son originarias de Oriente y que fueron traídas a Europa por jesuitas y comerciantes. En la dinastía Ming en China la camelia se consideraba «la flor más hermosa que hay bajo los cielos» y en Japón formó parte durante siglos de la vida diaria de la gente para adornar sus casas. Su nombre es un reconocimiento al jesuita Jorge José Kamel por sus trabajos de investigación sobre esta planta realizados en Filipinas. Cuando, años más tarde, unos científicos ingleses publicaron sus trabajos, utilizaron su apellido latinizado «Camellus» para referirse a esta flor. Existen más de doscientas especies, aunque la camelia japonesa es la más habitual en los jardines del norte de España. Al volver de este pequeño viaje, Antón intentó contar sus descubrimientos a sus compañeros, pero su entusiasmo no se vio correspondido. Incluso el jefe, que era el encargado de renovar, actualizar y mejorar el jardín, era reacio a los cambios. Decía que su jardín estaba perfecto como estaba y que no se podía mejorar. Así que Antón se guardó sus conocimientos nuevos y siguió trabajando rutinariamente.

La vida te va quitando cosas y te recompensa con otras. A veces. La vida y el tiempo se alían y pactan una duración para un proceso vital. «¿Cuánto tiempo me das?», le pregunta la futura vida al tiempo. «Si eres sensata y cuidas tu energía, dispones de 89 años», contesta el tiempo, y entonces la vida se pone en marcha, escoge una energía que ande suelta por ahí medio perdida por el universo y se transforma en alguien, tú, yo, otro..., y ese alguien dispone de un periodo definido que debe aprovechar, ya que no hay prórroga... La vida no cesa de enviar señales para que el viviente no desaproveche ese tiempo concedido, pero es común que el atolondramiento, la cobardía o la simple estupidez humana no las quiera captar. Cuando comienza una vida, el tiempo la recibe con los brazos abiertos, la cuida y la mimó como a una hija. Cuando esa vida se apaga y su energía pasa a integrarse de nuevo en el universo del que partió, el tiempo la despide con naturalidad y permanece infinito dedicado a cuidar otras nuevas vidas que van llegando. Pero sin la vida, ¿qué sentido tendrá el tiempo?

Antón sabe que gran parte del tiempo que le corresponde ha pasado ya, que lo que le resta por vivir siempre será inferior a lo que ya ha vivido y que el tiempo, aunque sigue cuidándole, sabe de su deterioro y ha fijado una fecha. Y así acurrucado en su camilla, se deja envolver por esos pensamientos recurrentes que le invaden a veces y con los que juega como en una ruleta rusa. ¿Le gustará saber la fecha exacta de su muerte? ¿Volverá la vida a jugarle otra mala pasada? ¿Será tan cruel? ¿Le espera algún acontecimiento que pueda considerarse bueno antes de su muerte? ¿Cómo será su final? ¿Le da miedo? En el fondo le da igual, ya que nada iba a cambiar en su vida. Parece una perspectiva muy deprimente, pero no lo es para él, que se ha acostumbrado a su forma de vivir. Es bien poco lo que tiene y bien poco lo que necesita. Bueno, eso sí le gustará vivir más caliente. En esta vieja casa hace un frío inmundó. Esa profunda sensación que siempre le ha invadido de ser no mucho más que una mota de polvo de su jardín arrastrada por los fuertes vientos de su tierra, esa conciencia de su pequeñez cuando observaba el cielo limpio en algunas noches de verano adornado por infinidad de estrellas le permite ahora hacer adivinanzas, preguntarse cosas absurdas aunque sepa que no tienen respuesta, jugar con conceptos que no entiende ni entenderá nunca desde la humildad de su insignificancia. Es verdad que solo la edad avanzada te pone en situación de empezar a pensar en la muerte. Cuando comienzas a intuirlo, a verlo venir... Antón, como buen gallego, hace tiempo ya que la incorporó a su vida y la trata

con total familiaridad. No le amarga, ni le obsesiona, ni huye de ella. Ah í está como parte final de su existencia. La trata con naturalidad y cercanía para que, cuando por fin llegue, no le pille demasiado desprevenido. Pero, además, en su caso hay una gran diferencia. Ya la ha visto de cerca una vez y eso deja huella. Cuando su amigo Manolo, el panadero, murió Antón, que meses antes sabía que iba a morir, se dedicó en cuerpo y alma a cuidarle y a estar con él para que su familia pudiera seguir trabajando. Se sintió útil, fue de una gran ayuda y Manolo se llevó al morir la serenidad de su mejor amigo.

La plaza al final de su calle es triangular y tres grandiosas palmeras cortan la corriente de aire que se escurre por la calle entre el puerto por un extremo y la playa por el otro. Hay bancos de madera y un pequeño bar con terraza cubierta. En verano, abren las puertas de cristal cuando la temperatura lo permite y sirven helados, cafés y refrescos. Antón solía bajar a sentarse en los bancos de madera porque no podía permitirse una consumición, y desde allí analizaba el trajín de la ciudad. Ahora ya no baja. Porque tiene frío, porque ya no queda nada que analizar y, sobre todo, porque Manolo ya no baja con él. Manolo tenía una risa profunda, en cascada amplia, contagiosa y fácil. De cara redonda, como bolla gallega, coloretes de horno y ojos nobles y directos. Azules, como el mar en verano.

La radio sigue hablando toda la tarde. No se cansa. Antón a veces la escucha, otras, no. Pero la deja puesta para que les haga compañía a Soledad y a él. Aunque a los dos también les gusta el silencio. Está helado. Se levanta y se prepara un café bien caliente. Enciende el brasero. La última hora de la tarde es la peor para él. Será que el frío se va acumulando en sus huesos usados, porque la casa está aún peor por las mañanas. Separarse de la camilla es mortal. Cierra la puerta de su habitación. Las rendijas de la ventana de la cocina son cada vez más grandes, pero no tiene dinero para arreglarlas. No se lo dice a María. Él se apaña. Total, son unos pocos meses. El año pasado las tapó con masilla, pero aun así se cuele el frío. El viento del norte se ríe de los cristales a carcajadas y los atraviesa con un simple empujón. En verano revive. Hasta anda más estirado y parece más joven. Se lo dice todo el mundo. Ahora, con la idea que ha tenido de hacer un gimnasio en el salón seguro que mejora. Está deseando empezar. Suso es un buen chaval y sabrá ayudarle. Le han dicho que en cuanto encuentren una camioneta para llevarse los muebles empiezan.

«María está a punto de subir», piensa.

Tenía otro amigo, que también era su cuñado... Un gran tipo y un amigo incondicional una vez ganada su confianza. Muy gallego, él. Avelino estaba casado con su hermana y no tenían hijos. No paraba de reñirle porque trabajaba demasiado. «Antón, nadie te lo va a agradecer», insistía, porque nunca reclamaba las horas extras, porque no se casaba y porque el dinero no le importaba.

—No hay mujer que soporte esa obsesión tuya por trabajar —repetía Avelino.

—Es que no voy a casarme. ¿Aún no te has dado cuenta?

—Pero ¿por qué? Se está bien en familia.

—Tampoco estoy mal solo.

—Cuando seas viejo te arrepentirás.

— ¿Para eso os casáis entonces? ¿Toda la vida soportando a otro para que te cuide al final? ¿Y si no llega? ¿Y si os separáis antes? Que no, que es demasiado largo el plazo.

— ¿Eres tonto, o qué? Cuando te casas no solo es por eso, es porque te enamoras y te apetece vivir con otra persona desde el principio. Yo vivo bien con tu hermana.

— Entonces no me digas lo de la vejez.

— ¿No te gustan las mujeres?

— Que sí que ya te lo he dicho mil veces. Mira que eres pesado. Tengo a Filo.

— ¿Quién es Filo?

— Una amiga...

— ¿Con derecho a...?

— Más o menos.

— Ah, entonces...

Tiene una bolsa de agua caliente, de esas antiguas de goma con funda de tela mullida para evitar quemaduras, que metes en la cama para calentar los pies. La llena todas las noches y la esconde bajo el edredón. El edredón fue un enorme regalo de los panaderos. Es de plumón auténtico, ligero y suave y bajo sus caricias se duerme como los ricos. Es un calor que se adapta a la piel y arropa, pero a pesar de ello no puede prescindir de la bolsa. Demasiados años juntos.

«¿Qué habrá sido de Filo?», piensa. La echa de menos. Podrá llamarla, tiene su teléfono, se lo dejó un día que la invitó a tomar una cerveza en el puerto. Dejó de ir de repente, cuando todo pasó, cuando cambió su vida y comenzó a deambular por un mundo nuevo. Filo era dulce cuando quería y miraba a los ojos con un destello de desafío que provocaba en él una inmediata reacción de deseo. Una mañana fue a verle al jardín y él le enseñó todas sus flores, las que estaban a punto de nacer y las que aún tardarían en brotar. Filo aprendió algo de botánica y mucho del amor que un hombre podía tener por su trabajo. Creyó ver una sensibilidad nueva en Antón y eso le hizo apreciarlo de forma distinta. Se enamoró. Se lo dijo, pero él la rechazó. Estuvieron una temporada sin verse, aunque él continuaba visitando la casa periódicamente. Lo atendía otra chica. Pasado un tiempo, Filo volvió a aceptarlo como un cliente más.

Por fin suena el timbre y Antón va a abrir la puerta. Su vida gira en torno a esas dos llamadas diarias del timbre de la puerta. La de la mañana y la de la tarde. Jamás lo confesaría, pero es así. Sigue sin saber hablar de lo que le pasa por dentro. No solo le da vergüenza, sino que le cuesta encontrar la palabra adecuada para expresar un sentimiento.

María tiene llaves, pero nunca las utiliza. Las guarda por si hay alguna emergencia. Así él no tiene más remedio que levantarse, ir hasta la puerta y moverse. Algo es algo.

— Cada día me tratas peor...

— ¡Anda, deja de quejarte, hombre mimado! Sabes de sobra que necesitas moverte.

Mar á es una chica recia y afable a la vez, acostumbrada al trabajo duro y con un sentido del humor muy gallego. Unos ojos salvajes, profundos y tan verdes como las algas que arrastran las olas de la playa y unos rizos castaños sin cuidar dan a su aspecto una sensación de fiereza sin pulir que mantiene desde muy pequeña.

—Te traigo unos tomates especiales, a ver si te gustan. La lechuga todavía no es muy buena, pero se deja comer.

—Gracias, hija.

—¿Has cenado?

—Todavía no.

—¿Te ayudo? Tengo un rato. Va a subir Suso a darte las gracias. Está encantado con tu regalo.

—Me alegro, pero no es un regalo, es un trueque.

—Líamalo como quieras, pero está encantado.

Sopla sur y Antón abre la ventana. Entran las notas del *cello*, aunque él no sabe qué instrumento es. Se sienta y escucha. Su corazón late al ritmo de la música, se acompasa con ella. Antes, cuando trabajaba, la música pasaba de largo, pero ahora entra dentro de él y le conmueve. Y se queda allí en su interior, durante largas horas, sonando solo para él. Vuelve Mar á de la cocina y le observa.

—Creo que es la chica de las flores.

—¿Cómo lo sabes? —se sorprendió Mar á.

—Porque la música sale de su balcón. Justo enfrente, un piso más abajo.

—¡Vaya oño! Me enteraré se lo preguntaré cuando la vea en la panadería.

—No distingo el instrumento que toca, pero me parece que suena bien. También podrías preguntárselo. Hay días que toca unas cosas muy feas, que se repiten y que no tienen ritmo ni sentido, pero otros, como hoy, llegan melodías preciosas. Yo diría que está estudiando música. También podrías...

—¿A qué viene tanto interés? Estás desconocido.

—Ya, no lo sé puro cotilleo. Una chica que cuida flores y toca un instrumento seguro que es especial. Se me ocurre que podríamos hacer otro trueque... Yo le enseño jardinería y ella me enseña algo de música.

—Anda, tío, ahora resulta que te estás volviendo sociable y, además, negociador...!

—¿Tú crees?

—No te preocupes, pronto te traeré información. Ese debe de ser Suso...

En medio de un tornado entran Suso y su vitalidad. Es grande, ancho, vigoroso, expresivo, potente. Levanta a Mar á como si fuera una pluma, la abraza y la mira con una

ternura tan grande como él. No cabe duda, se quieren. Sus miradas se cruzan y se funden dentro de ese mundo íntimo que han creado juntos. Les ir á bien.

— ¡Hola, Ant ón! No te levantes —dijo Suso.

—Que s í que se levante —se rio Mar á.

— ¡Qué pesadilla de novia tienes! ¿Est á seguro de que quieres casarte? —Se levant ó Ant ón.

—Estoy pillado, Ant ón, ya no tiene arreglo... Oye, ¡qué... qué pasada lo de los muebles! Muchísimas gracias, nos ahorras un dinerál...

—De nada, pero ya sabes que...

—Por supuesto. En un momento organizamos el gimnasio. Ya ver á, te voy a poner nuevo. Así no te da la lata mi novia...

—Te lo agradeceré siempre... Oye, los muebles, como son muy sencillos, parecen modernos y podr á haber sido comprados en cualquier almac én de esos que cont á que est á de moda.

—A mí me gustan mucho —dijo Mar á.

—Y a mí Adem á, los sof á est á nuevos. Bueno, todo est á nuevo. ¿Tú est á seguro de lo que vas a hacer? —pregunt ó Suso.

—Que s í—afirm ó Ant ón.

—Creo que el s ábado podr é conseguir la camioneta —dijo Suso.

Cuando se van, Ant ón calienta el agua, llena la bolsa de goma y se acuesta con ella entre sus pies. Pone la radio y busca una emisora de música. Est á decidido, va a aprender a escucharla. Esa que muchos llaman cl ática, la que ahora le llega más dentro, hasta su alma. Recuerda que cuando trabajaba, su compañero Luis llevaba colgada del cintur ón una radio min úscula de la que sal á sin descanso canciones modernas. Ten á buen o ño y las sab á de memoria, as í que se pasaba las horas cantando, en una especie de karaoke laboral, para desesperaci ón del jefe, que incluso amenaz ó con despedirle. «Pero jefe, si canto muy bajito y as í trabajo mejor, ¿a ti qu é más te da?». «Me da, que como un d á aparezca por aqu í don Roberto y te pille nos vamos todos a la calle». Ant ón escuchaba aquellas canciones con gusto, algunas le gustaban mucho, como las de los Beatles, otras menos. Pero en general, la música, aunque pasaba de largo, le parec á agradable. Se queda muy quieto, bajo el edred ón y con la bolsa caliente pegada a su piel mientras se deja invadir por la extraordinaria grandeza de una sinfon ía, la *Novena*, que fue capaz de componer un hombre para que la escucharan otros, ya que él hab á perdido la capacidad de oír las notas que sonaban fuera de su mente...

Se ha levantado demasiado pronto. Est á inquieto. Cualquier cambio le altera, le desconcierta. Se pierde f ácilmente en el desorden de su mente aunque despu é no le cuesta mucho volver al sosiego. Ser á por lo del cambio del sal ón. Se sienta en su butaca, demasiado pronto para desayunar... «Están descargando el pescado», piensa. Llega su olor a mar hasta la galer ía. Los viernes era uno de los mejores d ías para ir al mercado a comprarlo si la mar hab á estado tranquila. Era uno de sus entretenimientos favoritos, ir

a la lonja a la salida del trabajo a ver las subastas. Solía acompañarle su hermana, su cuñado y a veces Manolo. Han muerto los tres, y ahora que se acerca el aniversario de su amigo vuelven a su mente los ratos buenos pasados con ellos. Con los malos, que siempre los hay, no pierde el tiempo. Se lo ha ido enseñando la vida y sus traiciones. Cuando su hermana y Avelino murieron en el accidente de coche, él tuvo que ir a identificarlos. Todavía trabajaba y su vida discurría plácida y ordenada. Nada se había vuelto en su contra y todavía le parecía que vivir era fácil. Al no tener muchas necesidades ni grandes aspiraciones había conseguido organizar su existencia de forma equilibrada y sensata. De su humilde sueldo de jardinero ahorraba un poco todos los meses para asegurarse un final de vida tranquilo, pagaba a Filo y demás gastos habituales y el resto se lo jugaba en el bar a la brisca. Además de su gran pasión por la jardinería, Antón tenía otra afición a la que dedicaba la paga extra del verano. Viajar. Tardó en descubrirla, pero una vez que hizo aquel viaje a Pontevedra para ver la exposición de camelias ya no pudo parar. Encontró una curiosidad dentro de sí que le llevaba a programar aquel viaje anual con verdadera ilusión. Comenzó por Portugal, ya que un compañero le había contado que la jardinería portuguesa estaba muy cuidada y merecía la pena verla. Y, además, estaba muy cerca. Decidió dedicar los viajes de los tres primeros años a conocer aquel país. El primero fue en busca de jardines y paisaje. El segundo, además de visitar jardines, recorrió las calles y disfrutó con el ambiente de las ciudades. En el tercero aprendió a ver monumentos y gozó de la grandeza de Lisboa, de sus gentes y de su vida. Entró en los Jerónimos con un grupo de turistas y escuchó atentamente las explicaciones del guía. Por la noche conoció a Aurora, una portuguesa terremoto y se emborrachó tanto que perdió el autobús de vuelta. Aprendió a viajar.

Nunca le han gustado las sorpresas, ni ha tenido facilidad para improvisar. Quizá por eso ha preferido vivir solo pensando que así controlaría mejor su vida. No contaba con que la vida tiene iniciativa propia y no siempre cuenta con el que la vive. Pero como es un hombre de pensar tranquilo no busca explicaciones enrevesadas. No ha sido Dios que le ha abandonado, su vida y la de Dios apenas coinciden, el accidente era su destino. Pero lo que ocurrió después, eso..., eso sí fue una traición humana.

## MARÍA

Empanada de bacalao con pasas, de berberechos, de lomo con masa hojaldrada, croquetas, empanadillas de atún, pulpo *á feira*, jamón asado, el mantel de flores de las grandes ocasiones y la butaca de Manolo vacía, para su alma. Ribeiro regando su recuerdo y palabras sencillas, cotidianas, en las que él participaba como si aún estuviera

entre ellos. Se brindó por él, por su vida terminada, por su presencia tan fuerte aún y por todo lo que había dejado de sí mismo cuando murió. Lo decían sus miradas.

Nada más cerrar la panadería, se trasladaron al cementerio con dos grandes ramos de flores que eligió Antón. Con rosas amarillas, las que le gustaban a su amigo. Rodearon la lápida y los depositaron encima, para que le llegara su aroma. Después, permanecieron en silencio un largo rato. Maruja, su mujer, había preferido enterrarlo en una tumba tradicional, para tener algún lugar donde poder visitarlo. «La incineración es demasiado dura, necesito tenerte cerca», le había dicho al mismo Manolo unos meses antes de morir. Y él, ya muy cansado, había asentido con un parpadeo lento.

La comida duró toda la tarde, como una excusa para no separarse de él. Suso pidió el día libre en el gimnasio, y los demás familiares, nueve en total, no se movieron de la sala hasta el atardecer. La cuñada, Pacita, que entendía mal la falta de religión en un día tan señalado, rompió la armonía antes de despedirse. No lo pudo remediar, era su obligación como buena cristiana y tenía que decirlo aunque ya se había encargado ella de ir a misa temprano, a pedir por su cuñado.

—Maruja, que sepas que esta mañana he ido a misa a pedir por él.

—Te lo agradezco.

—¿Cómo no se te ocurrió hacer un funeral?

—Porque no somos religiosos, ya lo sabes.

—Pero hay mucha gente que sí lo es y le hubiera gustado ir a rezar por él.

—Han podido hacerlo como tú.

—No es lo mismo. Es una misa que se dedica a su alma.

—Su alma está muy tranquila como está.

—¿Tú qué sabes?

—Mira, Pacita, no estoy para discusiones. Mejor lo dejamos así ¿De acuerdo?

Como estaba previsto, Pacita se ofendió y fue renegando de su familia por fíca todo el camino de vuelta con su marido. Él, que ya nunca la escuchaba, dominaba la técnica de asentir sin escuchar.

Antón sí escuchó mucho y habló poco. El día le encogía el alma y estas reuniones familiares le cohibían. Tenía poca confianza con el hermano de Manolo y menos con su mujer y su hijo, por lo que se dedicó a comer y beber mucho más de lo que acostumbraba. Pasó mala noche, claro. María se sentó a su lado y lo cuidó. También ella habló poco y tenía encogida el alma. Se notaba extraña, una sensación distinta a la que tuvo cuando su padre murió. Como si estuviera muy lejos y lo observase todo con prismáticos. La mesa, la comida, las conversaciones, todo era distante, irreal. Más tarde pensó que quizá se había sentido más cerca de su padre que de los vivos que la rodeaban. La culpa era de su tía, que no podía parar de hablar. Su incontinencia verbal aquel día había sido difícil de soportar. El ribeiro había soltado su lengua bastante más

de lo habitual. Ya lo había advertido cuando se enteró de que iban a llamarla, pero su madre se había negado a escucharla.

—¿Cómo no los voy a invitar si es la única familia que tenía tu padre?

—Pero si se llevaban fatal, no creo que les importe mucho no venir —decía Mar á.

—Los hermanos se llevaban bien, era Pacita la que creaba los problemas.

—Es una entrometida, no la soporto. ¿Qué te apuestas a que te dice algo desagradable?

—No suelo apostar, ya lo sabes, y menos en este caso.

La tarde se había hecho demasiado larga para ella. No estaba acostumbrada a permanecer inactiva tantas horas. Se levantó mil veces de la mesa con la excusa de ayudar, fregar, recoger, pero en el fondo tenía un volcán interior que no la dejaba en paz. La pagó con Suso por la noche que aguantó estoicamente el desajuste emocional de la chica. Mar á había entendido mal la enfermedad y la muerte de su padre. Era un hombre sano y fuerte y un cáncer había acabado con él en pocos meses. Además, había sido una mala muerte. Mar á, que primero se negó a aceptarlo y después se rebeló contra lo que consideraba una traición de la vida, había huido del sufrimiento todo lo posible porque no podía soportarlo. Si su madre, Antón o su hermano estaban disponibles para estar con él, ella buscaba alguna excusa y desaparecía, se iba a correr por el paseo marítimo desafiando a ¿Dios? por su crueldad. Corría contra el viento, las olas y la segunda injusticia con la que se encontraba en su vida. La primera la había sufrido con Antón. Corría escapando de fantasmas dolientes, de gritos nocturnos, de infiernos y pesadillas que envolvían su vida y que no lograba entender. Corría escapando de un miedo profundo, el que da la vida cuando de repente dejas de hacer pie y te ahogas sin agua. Cuando por fin sus piernas se negaban a obedecer las órdenes de su atormentada mente, volvía caminando ya, exhausta y desfallecida, y era en ese momento cuando recuperaba el equilibrio necesario para poder pensar. Se daba cuenta de que ese Dios en el que no creía le servía, como a millones de seres humanos, de recurso final cuando todo lo que te rodea pierde el sentido. Sabía que utilizarlo solo para eso era un enorme egoísmo, pero pensaba que si por alguna parte existía, Él la entendería. Tampoco Él se lo había puesto fácil a los humanos con tanto misterio. Después, su arrepentimiento y sentimiento de culpabilidad por no haber estado al lado de su padre todas las horas del día hasta su muerte fueron muy intensos. Solo lo habló con Suso, mucho y de forma muy sincera, y él intentó entenderla y consolarla, aunque intuía que lo mejor que podía hacer era simplemente escucharla.

—Soy una cobarde.

—¿Por qué?

—Porque he huido del dolor de mi padre.

—¿Has pensado que quizá él no quisiera que lo vieras sufrir?

—Eso no me vale, porque yo no me escapé por eso, simplemente no soportaba mi dolor. Eso se llama egoísmo e ingratitud, me doy asco.

—Puede que torturándote no consigas nada.

—¿Y qué hago?

—No sé dejar que pase el tiempo.

—Si no puedo ni llorar.

—Ya llorarás, seguro.

—Suso, no sé si me merezco estar contigo...

—Pero yo sí

—¿Tú, qué?

—Que yo sí me merezco estar contigo.

—Anda, déjalo.

—Déjalo tú

—Vale, ganas, como siempre.

—Mentira, sueles ganar tú

—Eres tonto.

—Ya lo sabía. Anda, ven...

Todo aquello volvió a salir con fuerza delante de la tumba de su padre esa mañana, porque hasta ese día se había negado a volver al cementerio. Las discusiones con su madre habían sido continuas porque Maruja, que como buena gallega mantenía con naturalidad atávica todos los rituales de homenaje a los muertos, no entendía que una hija no quisiera ir al cementerio a llevar flores a la tumba de su padre. Maruja siempre ponía disculpas, generalmente quedarse en la panadería, pero esto no bastaba para apaciguar a su madre.

Su desazón no se desvaneció con el final del día. Permaneció enganchada a su alma demasiado tiempo. Después, se fue diluyendo poco a poco entre las ansias de la juventud y la actividad de su vida.

El negocio del pan había pasado de padres a hijos en la familia de Maruja y cuando conoció a Manolo, ella ya trabajaba allí. Él acudía a la tienda a comprar el pan de los domingos, justo el día que Maruja no iba. Pero un día de Santiago Apóstol, se encontraron, una vendiendo y el otro comprando. Maruja se quedó embarazada, se casaron y nació Maruja. Fue por aquel entonces cuando Antón apareció por el barrio y se incorporó a sus vidas. Se hizo cliente habitual de la panadería y amigo incondicional de Manolo. Aunque Manolo hacía lo que podía para ayudar a su mujer, sus horarios de celador del hospital y sus correspondientes guardias no le permitían tener una rutina razonable. Participaba con gusto en la elaboración y cocción de las masas, y cuando ese aroma inconfundible, que Maruja le había enseñado a apreciar dependiendo de los ingredientes añadidos, comenzaba a filtrarse por las rendijas del horno, disfrutaba como un niño con la anticipación del pan aún caliente que tendría entre sus manos. Incluso

había llegado a plantearse la posibilidad de dejar su trabajo y dedicarse exclusivamente al negocio familiar, pero nunca llegó a decidirse.

Entre unas cosas y otras, la niña se crió en la panadería y siempre olía a pan. Una tarde, cuando María ya había aprendido a caminar, entró Antón y contempló una escena que cambiaría su vida. La niña corría alocadamente entre bollos y magdalenas para desesperación de su madre, que no podía atender bien a su comprensiva clientela. Su ayudante había terminado la jornada laboral y ella atendía el negocio sola las dos últimas horas de la tarde. La expresión de angustia de Maruja hizo que Antón se ofreciera a subirla y darle la cena mientras su madre terminaba el trabajo. No fue fácil, porque aquella niña era un nervio andante. Poco a poco se fueron entendiendo, principalmente porque la serenidad de Antón se contagiaba a la niña y le producía un efecto sedante. Al principio de la aventura se maldijo a sí mismo por haberse metido en semejante berenjenal con lo tranquilo que vivía, pero poco a poco se fue habituando a ella. Tanto, que el día que la niña no subía la echaba de menos. Aprendió a contar cuentos, a dormirla, a quererla. Maruja, que no quería abusar, intentaba que la niña se quedara con ella, pero María insistía en subir con Antón día tras día. Los recovecos del local, la maquinaria utilizada en la fabricación, el proceso de horneado y demás quehaceres de la panadería ya no tenían secretos para ella y se aburría bastante porque allí todos trabajaban a destajo y poco caso le podían hacer. Sin embargo, Antón en su casa se dedicaba exclusivamente a estar con ella. Cuando Maruja ya no podía más con la niña, que a menudo en vez de salir cansada de la guardería parecía que le hubiesen inyectado estimulantes, llamaba a Antón con voz angustiada. «Antón, ¿te importaría?». Y Antón siempre respondía lo mismo: «¿Cómo no?, yo la calmo». Y era verdad, la niña subía y por arte de magia era como si dejase su alteración por la escalera. Para empezar, le ponía en la televisión los dibujos del día y cuando terminaban, María estaba como una seda. Le hablaba muy bajito a propósito y María dejaba de gritar automáticamente y le imitaba hablando en voz baja. En cuanto la niña comenzó a hablar, Antón le ponía deberes; contarle todo lo que había visto en los dibujos. Poco después, María también dibujaba parte de lo que había visto en la tele y así con actividades tranquilas, Antón conseguía que la niña se mantuviera sentada a ratos y relajada casi siempre.

Desde su ventana, Antón escucha a una chica que corre por la calle. Oye su taconeo rápido, sus tacones deben ser excesivamente altos porque su correr no es rítmico, se nota que va inestable. «Qué tontería correr con tacones tan altos», piensa. Tiene náuseas. No volverá a beber vino. Siempre se arrepiente al día siguiente. Se hará una sopa ligera y, como mucho, tomará un yogur. María siempre ha sido más sensata, nunca bebe y ayer apenas comió, él se dio cuenta de que la tenía a su lado... A menudo se pregunta si habrá mucha diferencia entre tener una hija propia y una medio adoptada, como lo es María para él. Se refiere, por supuesto, al ámbito de los sentimientos, ya que es obvio que en las otras esferas, como la de la responsabilidad que conlleva la paternidad, la más incómoda y la que crea los mayores conflictos, le ha tocado la parte más sencilla. Precisamente por todo esto, a lo largo del tiempo fueron surgiendo algunas complicaciones entre sus padres y él en relación con María. Cuando la niña, o chica ya, dejaba de subir más de una semana, Antón sabía que había habido bronca. Hasta que por fin lo hablaron, un día algo correoso en el que salieron celos escondidos, culpabilidades sin descubrir, alguna acusación de injusticia, en fin, todo aquello que suele aparecer cuando se desnudan las almas y se expresa lo que contienen con valentía.

La nobleza de sus sentimientos superó el trance sin rencor y el entendimiento, como era de esperar, mejoró a partir de aquel momento.

Después del accidente que sufrió Antón, la familia de la panadería se volcó en el cuidado y atención de su vecino y amigo y María se juró a sí misma que lo cuidaría siempre.

Enciende la radio, es la hora de su tertulia favorita. Hoy hay una voz nueva, un tertuliano que nunca había oído antes. «...No estoy de acuerdo. Aunque no lo parezca, el mundo está lleno de gente antisistema que lo único que pretende es que esta sociedad que tanto nos ha costado construir se vaya al garete. No entiendo cómo puedes defender a personas que van contra tus propios intereses porque tú también formas parte de ese sistema, lo quieras o no...».

Una vez más, Antón no entiende nada. ¿Qué será eso del sistema? Parece algo importante, muy abstracto, que nos tiene a todos pillados y que hay una especie de terroristas que quieren destruirlo. Por lo que deduce de la conversación, el sistema es bueno y los que quieren cargárselo son malos. Pero no está tan seguro. Imposible que sea algo hecho entre todos, una sociedad así no sería tan injusta como la que tenemos, él lo sabe mejor que nadie, tendrá que ser algo que han hecho unos pocos y que después nos han metido al resto convencidos. Además de que tiene que ser algo bueno. Es una pena que ya no pueda hablar de estas cosas con Manolo. Cómo le echa de menos...

Aquel día..., aquel día aparecieron dentro de él sentimientos desconocidos que también formaban parte de su alma. Todos destructivos, demolidores para un ser como él. Afortunadamente se fueron diluyendo en el tiempo y la adaptación a su nueva vida. Hoy aparecen muy de tarde en tarde, con menos fuerza y menos dolor. Las pesadillas permanecen a pesar de los calmantes que aún toma y las pocas sesiones de psicoterapia que le cubrió la Seguridad Social. Después del segundo zarpazo, cuando más las necesitaba, ya no se podía permitir pagarlas.

María tendrá cinco o seis años cuando se la llevaba al jardín los fines de semana y le enseñaba a entender las plantas.

—Mira, María, ¿ves estas flores tan grandes? Se llaman hortensias, pero mira, mira las hojas. ¿Tú crees que están contentas?

—No lo sé

—¿No ves que están caídas, como pochas? Es porque tienen sed, han pasado toda la tarde al sol y se han quedado sin agua. Cuando dentro de un rato las rieguen se volverán a poner contentas.

—¿Por qué no las riegan antes para que no se pongan tristes?

—Porque si les das agua mientras están al sol les sienta mal.

—¿Por qué?

—Vamos a ver este rosal. Ayer lo estuve desinfectando, nos habíamos olvidado de él, el pobre, aquí tan escondido y como estaba sucio, se llenó de bichos, pulgones. ¿Los ves? Son diminutos y están todos muertos.

— ¿Hay que matarlos?

— Sí, se comen la planta. Son muchos y están hambrientos.

»Este árbol es una acacia. Está muy enfadada porque la han podado demasiado y se niega a dar flores de momento. A lo mejor se le pasa más adelante.

— ¿Has sido tú, Antón?

—No, ha sido un compañero.

»Ahora te voy a enseñar una planta que tiene gripe. Esta adelfa, que le han cortado las ramas porque había crecido demasiado y tapaba el camino. Pero se las han cortado cuando había demasiado fruto y se ha quedado encogida y no brota. Creo que sigue con gripe.

— ¿Qué es brotar?

—Nacer, salir. ¿Ves esas de ahí? Están muy delgaditas porque les han dado pocas vitaminas. En cambio, estos rosales están encantados. Han comido y bebido, y mira qué flores más bonitas están dando.

—Tienen muchos bebés.

—Este castaño está un poco agobiado porque tiene demasiadas ramas y no le entra bien el sol, habría que airearlo...

—Oye, Antón, me parece que tus compañeros y tú no cuidáis muy bien el jardín...

—Es que te he enseñado las que piden algo. Todas las demás están muy bien. Míralo todo desde aquí, ¿ves qué bonito...? Verás, el sábado que viene vamos a jugar a una cosa. Paseamos por los caminos y tú me tienes que decir si hay alguna planta que necesita algo, ¿de acuerdo? Cada una vale por un punto. Diez puntos un caramelo.

— ¿Cuentan las flores pochas?

—No, porque si no, me arruino yo y te empachas tú. Tiene que ser la planta entera.

—Entonces, ¿cuántas plantas pochas tengo que encontrar para que me des un caramelo?

—Diez

— ¡Ale!

—No hace falta que estén pochas del todo...

— ¡No vale, eso es demasiado!

—Negociante. Bueno, cinco.

La niña volvió a casa dando saltos, su forma habitual de caminar, y le contó a su madre sus conocimientos nuevos de jardinería, eso sí todos bien enredados.

María nació y se educó entre gente trabajadora, sin horario y sin quejas. Se daba por sabido que la vida no era fácil y que el mero hecho de vivir implica un esfuerzo. El esfuerzo predominó siempre en la mente de aquella familia austera y honesta. Manolo

hubiera querido que sus dos hijos estudiaran todo lo posible, pero María lo había dejado al salir del instituto. Sin embargo, Pedro siempre dijo que iba a estudiar Derecho. Los estudios de los hijos habían sido motivo de discusión frecuente entre la pareja. Maruja opinaba que había que ponerse a trabajar desde muy joven para aprender así lo que cuesta ganarse la vida. Manolo argumentaba que los niños ya sabían muy bien lo que era trabajar, que desde muy pequeños habían ayudado en la panadería y que precisamente por tener el puesto de trabajo asegurado se podían permitir el lujo de formarse mejor. Y, además, el estudio era otra forma de trabajo, pero ella no lo entendía. También había en Maruja un temor escondido que se negaba a exteriorizar. La posible pérdida del negocio familiar heredado de sus antepasados si los niños estudiaban. Sería como una traición, una deslealtad al esfuerzo de tantos años de trabajo de sus padres, abuelos y bisabuelos. Esa sensación de deuda incondicional con los que te han dado la vida que tanto se manipula, de la que tanto se abusa y de la que muy pocos consiguen librarse, independientemente del trato recibido. Sensación que casi todos transmiten a su vez a sus hijos como una rueda envenenada que aumenta, si cabe, ese sentimiento de culpabilidad tan judío que pretende, todavía hoy, invadir nuestra cultura. En el fondo, Maruja sabía muy bien que era un egoísta inconfesable, por eso no se atrevía a decirlo claramente y lo disfrazaba de oportunidad, herencia, vida resuelta, en fin, todos esos eufemismos que es capaz de inventar la mente para no llamar a las cosas por su nombre. A pesar de la pasividad de su madre, Manolo consiguió que María terminase la enseñanza media con buenas notas y nunca perdió la esperanza de que su hija retomase algún día los estudios. Al terminar el instituto, María sustituyó a una empleada en la panadería con su mismo horario y sueldo. Ni una hora menos ni un euro más. Por supuesto, ella no rechazó, firmó el contrato y comenzó a trabajar como ya sabía hacerlo, pero de forma distinta. Un sentimiento de responsabilidad muy femenino e inculcado en sus genes por muchas generaciones de antepasados emigrantes, trabajadores infatigables y humildes hizo que María se dedicase con entusiasmo a lo que ella había elegido iba a ser su vida.

Con ella entró la innovación en la panadería. Las nuevas masas, los ingredientes inéditos hasta entonces, la imaginación, la cocción, todo se fue experimentando en el horno desde la incorporación definitiva de María a la plantilla del negocio. Cambió la decoración del punto de venta, amplió los expositores, enfocó con luz directa los productos recién horneados y difuminó la iluminación del resto de la tienda dándole un aspecto de *boutique* moderna, y así poco a poco la panadería, que tanto había sufrido con la creciente competencia del barrio, fue superando la crisis y adquiriendo nueva clientela.

El jueves empezaría el pilates con Suso. Insiste en ir una vez a la semana, los jueves por la mañana, que libra en el gimnasio. Antón intentó negarse, solo quería que le enseñase algún ejercicio para mantenerse en forma, pero el chico lo convenció de que al principio necesitaba vigilancia hasta que aprendiese a hacer bien los movimientos. Que si los hacía mal podía ser peor que si no hiciera nada. El día del traslado de los muebles, Antón terminó exhausto. No porque él hubiese ayudado en nada, sino solamente por el trajín, el movimiento continuo, las risas, las voces. Ya no estaba acostumbrado. Cualquier perturbación en su rutina diaria le agotaba. Habían alquilado una furgoneta que conducía Suso, y consiguieron la ayuda de otros dos amigos a cambio de una comida. Lo programaron para un domingo por la mañana para evitar problemas con el ayuntamiento y a las nueve

en punto estaban todos llamando a la puerta. Mar á hab á subido, por encargo de Ant ón, una rosca de la panader á y celebraron un útimo desayuno en la mesa del comedor.

—Hola, Ant ón, estos son Amador y Juancho, mis compa ñeros en el gimnasio —dijo Suso al entrar.

—Encantado. Pasad, he preparado un desayuno para que coj áis fuerzas.

—No se moleste, ya hemos desayunado —dijo Amador.

—No es molestia, ser á como un ritual de despedida de estos muebles que llevan aqu í tanto tiempo...

—¿Te da pena? A ún est ás a tiempo —se rio Suso.

—Qué va!, todo lo contrario. Me encanta que los pod áis disfrutar vosotros. As í hacen algo útil, aqu í se est án pudriendo de aburrimiento. Los muebles que no se usan se encojen y se agrietan, como las personas...

—Son muy bonitos. T ós, vaya suerte, os han puesto la casa —dijo Juancho mirando primero los muebles y despu és a sus amigos.

—Es un simple trueque. Yo les doy algo que ya no me sirve y ellos a cambio me dan algo que me va a servir, y mucho. Todos ganamos, pero aunque no lo reconozcan yo gano mucho m ás que ellos. En el fondo soy un egoísta...

Los chicos lo miraban algo confusos, pues notaban en aquel hombre algo que no les encajaba y que no sab ían explicar. Tanto Suso como Mar á les hab ían hablado mucho de él, pero ahora que lo ve ían les parec ía distinto. El mundo de Ant ón poco ten ía que ver con el suyo, la distancia entre ambos se hac ía infinita y, sin embargo, parec ía muy f ácil entenderse con él. No sab ían explicar si la serenidad que emanaba de Ant ón era derrota, simple vejez o sabidur ía. Es m ás, ni siquiera sab ían si aquella actitud era positiva o negativa. Desde la perspectiva de su juventud y de su fuerza vital las cosas se ve ían de otra manera. De haber estado en su lugar, ellos habr ían actuado con mucha m ás agresividad, o habr ían matado a alguien si hubiera hecho falta. Y seguro que habr ían odiado hasta la muerte. Hay abusos que no se pueden tolerar. Ant ón, que hab ía pasado ya por todas esas fases, hab ía entendido que el odio y la venganza a él solo le destru ían. El alivio tendr ía que buscarlo por otros caminos. Manolo le llamaba conformista y ap ático porque consideraba que Ant ón escond ía sus sentimientos para no enfrentarse a ellos y él siempre le contestaba lo mismo, imposible encontrar palabras que puedan expresarlos. Y Manolo aprovechaba la oportunidad para insistir en lo que verdaderamente le irritaba, «pues haz algo, mu évete, ya empieza a haber mucha gente que lo está haciendo...».

Desayunaron todos, unos por primera vez y otros, los jóvenes, por segunda. Lo hab ían organizado como auténticos profesionales de la mudanza, envolviendo todo en pl ásticos de burbujas, mantas y cart ón. Aunque aquella casa ten ía una escalera muy ancha, la comunidad llevaba a ños sin ponerse de acuerdo para instalar un ascensor, por lo que la retirada no fue f ácil. Tuvieron que bajar los tres pisos cargando el aparador, la mesa *Art Decò*, que pesaba una tonelada, las sillas de madera maciza, los sofás... Cada vez que María volvía a subir le preguntaba a Ant ón: «¿Sigues estando seguro? Mira que son muy buenos, por lo que pesan...». Y Ant ón sonreía.

Cuando terminaron, el salón parec í enorme. Mientras Mar í barr í el polvo antiguo que se hab í agazapado durante m ás de medio siglo detr ás de todos aquellos muebles, Ant ón lo recorr í pegado a la pared.

—Eran muchos y demasiado grandes. Est á mejor as í Queda inaugurado mi gimnasio personal.

Una vez que se pudo encajar todo en la furgoneta, los chicos subieron a despedirse, sudorosos, vitales, en érgicos, solo el rastro de sudor como evidencia del esfuerzo realizado.

—Te dejo dos colchonetas detr ás de la puerta para los ejercicios de suelo. El jueves empezamos —le dijo Suso.

Ant ón les dio la mano. Se fueron todos envueltos en su ruido joven y alegre. Sigui ó paseando por el borde de su salón vac ó. Estaba más luminoso sin tanta cosa interrumpiendo el paso a la luz. «Ya sé ahora este ser á mi paseo diario. No da para mucho, pero tampoco yo estoy para mucho. Tengo que pensar cu ántas vueltas quiero dar. Es rectangular, calcular é los pasos que doy y así... Eso es una tontería, sabiendo la longitud de las paredes sabr é lo que recorro en cada vuelta...». Sigui ó caminando muy despacio, como intentando agrandar el recorrido para convencerse de que aquel rid ículo esfuerzo valdr í como ejercicio diario. Realmente es que le daba igual. ¿O no le daba igual? Estaba todo borroso y él en medio, perdido, confuso, sí, estaba tan perdido..., «hay que seguir un poco más». Se encontr ó con que no pod í parar, sus piernas rotas ten ían vida propia independiente de su mente, de su voluntad y nada pod í hacer para pararlas. Sigui ó rodeando aquella nada una y otra vez hasta que se sinti ó agotado. Un leve mareo le oblig ó a apoyarse en la pared vac í y su hombro toc ó un marco. Ah, s í aquella panorámica antigua del jardín... Se dejó arrastrar a su dormitorio y se sent ó en su camilla con Soledad.

No ten í un buen d í. No sab í por qué a veces pasa. Ya se hab í levantado as í Una sensaci ón acuosa resbal ó por su mejilla. Despu és otra. Soledad lo miraba at ónita. Se inund ó su cara y un sabor salado acarici ó sus labios. Solloz ó en completo silencio para que no le oyera Soledad. «Si son solo muebles... Vaya estupidez... Seré idiota... ¿A qué viene esto ahora? No seas absurdo... Dios, menos mal que no están los chicos... Si yo no quería esos muebles... No los quería para nada..., es la verdad. Soledad, ¿tú lo entiendes?». Pas ó el domingo sentado en su camilla dormitando, apoyado en Soledad. Fue uno de sus peores d ías, ya que una sensaci ón de p érdida muy fuerte se hab í apoderado de él. Se neg ó a entrar en esa contradicci ón de su alma y dejó que el absurdo se diluyera en la noche. Sab í muy bien hacerlo. Se hab í encargado la vida de enseñárselo repetidamente. Al d í siguiente se levant ó mejor y despu és de desayunar fue al salón y pegado a la pared midi ó sus dimensiones con sus pasos. Cinco por seis. Tampoco era tan peque ño. Ser áun magn ífico gimnasio. «Aqu í me pondr é fuerte y qui én sabe si volveré a salir alg ún día... si me apetece, claro...».

—Buenos d ías, Mar í, ¿me das, por favor, una bolla de Santiago peque ña?

—Hola, Luz, aqu í tienes. ¿Algo más?

—No, gracias.

—¿Qué tal tus padres?

—Ah í andan, no sé cuál de los dos tiene peor los huesos, demasiada lluvia este invierno... Espero que empiece todo a secarse pronto. En esta casa nueva por lo menos da el sol, cuando sale, claro...

—Oye, ahora que no hay gente quer á preguntarte algo. ¿Tienes un minuto?

—Dime.

—Ver ás, en este edificio, justo en el piso enfrente al tuyo, vive Ant ón, un jubilado que era ítimo amigo de mi padre y que conocemos desde siempre. Ahora intentamos cuidarlo entre todos, ya que él no tiene a nadie. Te dir é que cuando yo era pequeña y mis padres trabajaban a todas horas, Ant ón se ocupaba de mí como si fuera mi padre. Me encantaba estar con él porque me hac á mucho caso y jugaba conmigo todo el tiempo. Cuando se hac á tarde, me acostaba en su cama y me contaba cuentos hasta que me quedaba dormida. Mis padres siempre andaban corriendo sin tiempo para dedicarme. Al d á siguiente, cuando me despertaba en la habitación de mi casa me enfadaba mucho porque no me hab á dejado en la cama de Ant ón. Recuerdo que una vez ped íde regalo de cumple que me dejaran dormir toda la noche en su casa. Cuando me despert é no me lo pod á creer. Hab á adornado toda la habitación con guirnaldas de colores y caramelos colgando. En la mesa de la cocina, al lado de mi taza, hab á un paquete con un lazo muy grande, un peluche con el que he dormido hasta hace bien poco...

»Me estoy enrollando, perdona... Bueno, siempre ha sido un buen t ó. Ahora es un ser muy especial. Tuvo una enorme desgracia, que ya te contar é con más calma porque es un poco largo, y desde hace unos meses se niega a salir de casa. Era jardinero municipal y adoraba su trabajo. Se dedicaba en cuerpo y alma a sus plantas y sabe mucho de bot ánica. Ahora pasa los d ás detr ás de su galer ía, escuchando la radio, pensando, ¿qu é s é yo? Dice que est á bien, que su vida est á llena con lo que tiene, pero, aunque conmigo se muestra contento, yo no me lo creo. No creo que se pueda vivir feliz detr ás de un mero cristal sin salir de casa. Bueno, el caso es que me ha preguntado por tí.

—¿Por m í?

—S í ver ás. Sabe que te gustan las plantas y que tienes un balcón que cuidas las tardes de los s ábados. Tambi én asegura que tocas un instrumento, que la música sale de tu balcón.

—Es verdad, tiene buen o ílo.

—S í tiene un sexto sentido para todo, te dar ás cuenta cuando le conozcas, porque hab á p e n s a d o q u e q u i z á p o d r í a i s c o n o c e r o s ...

—Encantada.

—Él dice que te ayudar á a poner un balcón precioso y que tú podr ás enseñarle algo de tu música. Creo que él te va a gustar y que a él le vendr á muy bien salir aunque solo fuera cruzar la calle y subir a tu balcón. Sería una forma de comenzar... Lo importante

es que sea él el que tenga que ir a tu casa y no al revés..., bueno, si a ti no te importa... Creo que me estoy pasando un poco, están tus padres...

—Ellos están encantados, te lo aseguro, pero no viven conmigo.

—Ah, ¿no?

—No, viven en el piso de arriba. Mi apartamento es demasiado pequeño. Solo hay un problema, mis conocimientos de música son muy escasos, estoy empezando a tocar el *cello* en el conservatorio. No voy a poder enseñarle mucho...

—Eso no importa, tampoco creo que Antón pretenda grandes cosas. Supongo que escuchar música de cerca. Lo más importante es que salga de su encierro.

—¿Podrías traerlo este sábado? Tengo que plantar algo nuevo y así me daría algún consejo. Ya está os invito a merendar.

—Genial, Luz, muchas gracias, eres un encanto.

—Me has dejado intrigada con su historia.

—Antes del sábado buscaré un hueco para contártela.

—Me voy corriendo, María, que aún me queda mucho curro. Estamos a primeros de mes y la oficina está a tope...

—¿Lo llevas bien?

—Bueno, no me puedo quejar, tener trabajo hoy en día es un lujo, pero los bancos..., ya sabes.

Aquella noche, María subió la compra y la noticia a casa de Antón. Sabía que tenía una gran influencia en su amigo, que podía convencerle de casi todo si se empeñaba, porque Antón, en el fondo, era plenamente consciente de que la chica solo quería que él estuviera bien. El problema radicaba en que estar bien significaba cosas muy distintas para cada uno de ellos. Las diferencias eran obvias. María tenía una vitalidad desbordante y él no. María no podía soportar que él se «perdiese» la vida y para él perderse la vida, en el sentido que ella le daba, ya no tenía demasiado valor. María tampoco podía permitir que Antón se deteriorase más y para Antón el deterioro ya formaba parte de su vida y lo estaba aceptado como un estado natural en el que se desarrollaba su cotidianidad. A él no le preocupaba, a ella sí. La idea del gimnasio aunque se le había ocurrido a él, había pensado también en ella. Tendría que moverse algo para conseguir que María se tranquilizase y sobre todo para evitar ser una carga aún más pesada para la chica. Tenía claro que María lo cuidaba con una generosidad espontánea, que entre ambos se habían creado unos lazos casi indestructibles, pero no quería abusar de su nobleza. No quería cansarla, no se lo merecía. Bien es verdad que el contacto diario y el paso de los años iban consiguiendo que María fuese entendiendo la vida a través de la mente de Antón y Antón fuera adaptándose mejor a la juventud todavía impetuosa de María. Habían tenido unos años complicados, cuando la chica cumplió los trece y pasó meses sin subir a verlo. Él todavía trabajaba y todo iba bien. Por las tardes, cuando paseaba con su amigo Manolo, este le contaba que no sabía qué hacer con ella. Que los volvía locos, que todo le parecía mal y se enfadaba por nada, que

se hab á vuelto maleducada y que nunca pensaron que la adolescencia pudiera ser tan turbadora. Los cambios hormonales de Mar á iban a volverla loca. ¡Y aquel genio repentino...! Tampoco entend án por qué hab á dejado de subir a casa de Antón con lo que lo quer á. Antón, desde su total inexperiencia, acud á al sentido común para tranquilizar a su amigo, recordaba que é mismo hab á sido un tormento para sus padres a esa edad, y que se le pasar á pronto. Jamás la llamó y la dejó vivir envuelta en su rebeld á adolescente hasta que una noche Mar á llamó al timbre.

—Hola.

— ¡Qué alegr á, Mar á! Pasa, pasa.

—No sé por qué te alegras...

— ¡De verte!

—Me podrías haber llamado algún día...

—No parec á que tú tuvieses muchas ganas de hablar. Dejaste de venir un d á, as í sin m ás.

—Pensaba que yo te importaba algo..., ni siquiera te dignaste a preguntar si me pasaba algo.

—Mar á, salgo con tu padre todas las tardes.

— ¡Ah, claro! Mi padre.

— ¡Has venido a pelearme conmigo?

—No, he venido a decirte que eres un cabrón y que he estado esperando tu llamada para poder subir a verte.

— ¡Alguna vez has esperado mi llamada para poder subir a esta casa?

—No.

— ¡Entonces?

—Era distinto, hab á pasado tiempo. No sab á si te iba a molestar.

— ¡Mar á!

— ¡Qué?

— ¡Me has molestado alguna vez?

—Yo que sé...

— ¡Qué te pasa?

— ¡Joder! No lo sé no me pasa nada.

— ¡Estás segura?

—Nooo.

— ¡Puedo hacer algo?

—Nooo. Adiós.

Se oyó un portazo fuerte. Tardó varios meses en volver a subir. Otra bronca.

—¿Querrás decirles a mis padres que dejen de presionarme para que venga a verte? Que ya soy mayor y puedo hacer con mi vida lo que me salga de las narices!

—Se lo diré y no hace falta que vengas si no quieres.

—Ya sé que no tienes ningún interés en que venga, pero ellos no lo quieren entender.

Otro portazo y más meses.

—Me han suspendido. No me gusta estudiar. Es mi padre el que se empeña, a mi madre le da igual. Ahora a estudiar en verano...

—¿Qué has suspendido?

—Mates, Lengua e Inglés.

—Lo siento.

—Mi padre está de un humor que no hay quien lo aguante. Ni me mira. Como si yo tuviera la culpa!

—¿Ah! ¿Y quién la tiene?

—Los profes, no saben enseñar y me tienen maná.

—¿Los tres?

—Sí los tres, son amigos. Dicen que no paro de hablar en clase.

—¿Es mentira?

—No siempre. A veces hablo, pero no siempre. Me aburro.

—A veces compensa estar callado para poder hablar más tarde... En verano, por ejemplo.

—Oye, Antón, ¿podrías hablar con mi padre y calmarlo? Pretende dejarme sin salir de casa hasta los exámenes de septiembre. Se pasa un poco.

—Haré lo que pueda.

—Gracias. ¿Te importa si subo mañana?

—Me encanta verte, ya lo sabes. Volveré a las siete.

—Hasta mañana.

Al cabo de un mes, Manolo y Antón paseaban por el paseo marítimo.

—Y ahora, ¿qué os pasa?

—Nada, que sube todos los días, como tú no le dejas salir a la calle, viene a mi casa. ¿Te parece mal que venga?

—No lo sé pero es que está endiablada.

- Puede que yo consiga que estudie un poco más...
- De acuerdo, inténtalo.
- Podrías dejarla salir un día a la semana por lo menos... Quizá así estudiaría mejor.
- Ya estamos, cómo se nota que no es tu hija...
- Podrías pensarlo, digo yo.
- Lo pensaré solo por no oferte.
- Eso es un ejemplo de paternidad, sí señor.
- Antón, ¡joder...! A veces eres bien pesado...

—El sábado vamos a casa de Luz. Estamos invitados a merendar, necesita ayuda con el balcón. Tiene que renovar algunas plantas. Te gustará esa chica, ya lo verás.

—¿No puede venir ella aquí?

—No, la invitación es allí y las plantas están allí y el *cello* también. Ten razón, está empezando a estudiar en el conservatorio. Vendrá Suso. Te recogemos a las seis.

—Es que...

—¿Antón!

—¿Y si me duele la cabeza?

—¿Antón!

—De acuerdo, de acuerdo. Me callo. Qué carácter...

—Por cierto, mañana empiezas pilates, no lo olvides.

—No lo he olvidado.

La primera clase de pilates fue muy suave. Sin embargo, Suso, que comenzó con mucha precaución, se quedó sorprendido de la flexibilidad de su alumno que, a no ser por las rodillas, tenía un cuerpo bastante elástico para su edad, dada su escasa actividad actual y el accidente sufrido. Estaba claro que su vida anterior había sido activa y que sus músculos aún conservaban, en parte, el recuerdo de ocupaciones pasadas. Recuperar un cuerpo que fue dinámico es más sencillo que dar dinamismo a uno que nunca lo fue, aunque la edad avanzada más el trauma sufrido pueden ralentizar y, sobre todo, complicar mucho todo el proceso. Suso era plenamente consciente de la dificultad de tratar bien a Antón y estaba algo asustado. Contaba con estudios y preparación suficiente para no cometer ninguna torpeza, pero el cuerpo humano seguía siendo un misterio para él. Antes de comenzar con las clases se había planteado muy bien cómo iba a ser la técnica empleada. Tendría que forzar lo justo el cuerpo de Antón para obtener resultados que le animaran, pero siempre con un exquisito cuidado de no dañarlo más de lo que estaba. Antón escuchó muy atento las explicaciones e intentó hacer todos los ejercicios lo mejor que pudo. Aprendió a respirar al mismo tiempo que realizaba estiramientos de todo su cuerpo y si en algún momento

notó algún dolor, se lo calló, aunque Suso insistía en que se lo dijese, que no debería dolerle nada. Los ejercicios de suelo le costaron algo más, pero superó la primera clase con notable alto, le dijo Suso.

—Me has tratado muy bien las rodillas, con mucha suavidad. Hasta parece que me duelen menos. Y la pierna no ha protestado mucho.

—Todas las artrosis mejoran con el ejercicio moderado. Ya verás qué bien las tienes dentro de un mes. Respecto a la pierna, habrá que tratarla con sumo cuidado. Ya ha sufrido bastante y no podemos forzarla demasiado. Lo suficiente para que se acostumbre al movimiento y te deje caminar sin quejarse.

—Gracias, Suso, no creí que iba a ser tan bueno este invento del pilates. Ha sido intenso, pero suave a la vez. Eres un buen profesional.

—Y tú un buen alumno. Y el gimnasio espléndido, no se puede pedir más. Ha sido una idea genial, Antón. Y lo de los muebles...

—Vale ya con los muebles, están los dos muy pesados. Yo no los usaba.

—Pero es que han quedado perfectos, como hechos a medida.

—Ya, ya me lo ha dicho Mar á. ¿Un café?

—Gracias, aún me quedan quince minutos. El próximo día te daré un poco más de caña.

—Tampoco hace falta que exageres... ¿Qué tal te va en el trabajo del gimnasio?

—El jefe es un poco complicado, por lo demás todo bien.

—Eso es lo mínimo que puede ser un jefe.

—Ya, el anterior era mucho peor. Ahora tenemos bastante trabajo y eso ayuda en el ambiente. No te da tiempo a pensar.

—Me alegro. ¿Qué tal los preparativos?

—¿De la boda? Bien, eso es cosa de Mar á, ya sabes, a las mujeres les gustan más esas cosas que a nosotros...

—¿Eso se lo dices a ella?

—No, claro que no, pero es la verdad. ¿Vas a venir?

—Lo estoy pensando.

—Gallego.

—Tanto como tú.

Se pone el pijama y se escurre bajo el edredón de plumas. Sus pies encuentran la bolsa de agua caliente, se encoge y la abraza con ellos, como siempre, mientras espera que el edredón reconforte el resto de su cuerpo. La posición fetal es la más eficaz para entrar en calor y permanece así muy quieto, sin respirar apenas para que ninguna calor se le escape. La almohada está helada, húmeda, pero en breve acogerá su

mente y arrojará sus ideas. Es cuestión de minutos, lo sabe. El pilates ha hecho efecto. Se encuentra tranquilo, sus músculos están relajados, su cuerpo entero pesa menos. Hasta podrá volar. Y vuela, pero no sabe subir por lo que se acerca a una gaviota y le pregunta cómo se hace para subir más alto, desde donde se pueda ver mejor el mundo y la gaviota le enseña a dejarse llevar por las corrientes de aire, por los vientos cálidos o frescos, por encima del mar. Sube, se acerca al cielo y una sensación de armonía le invade. Allá abajo, todo se va haciendo muy pequeño, las casas encogen y las personas se convierten en hormigas. La mayoría se pelean, discuten, luchan por mantener un milímetro de su hormiguero... Las hormigas guerreras arrasan otros hormigueros y las trabajadoras trabajan esclavizadas. La hormiga reina se reúne con otras hormigas reinas para organizar el mundo de las hormigas. En una calle observa muchas hormigas durmiendo en rincones, y en otra, una cola inmensa de hormigas que esperan algo. Hay muchas manifestaciones de hormigas y hormigas con uniformes y cascos que vigilan el paso de las manifestantes. Nadie parece muy contento, como si a todos los que forman el mundo allá abajo les faltara algo. Cuando hay una inmensidad de hormigas gritando juntas, sus lamentos llegan a la corriente de aire en la que él vuela y las oye gritar... No lo entiende porque desde allí arriba parece que las hormigas disponen de todo lo necesario para llevar una vida feliz y, sin embargo, no debe de ser así. Hay magníficos hormigueros, calles espléndidas, tiendas en las que comprar cualquier cosa, millones de transportes de todo tipo, lugares de recreo, naturaleza sin igual...

Como ni lo entiende, ni le gusta, decide sobrevolar el mar. Le cuesta encontrar la corriente adecuada para acercarse a la orilla, desciende un poco y por fin puede disfrutar de la inmensidad azul. Observa cómo las gaviotas se lanzan en picado en los alrededores de un pesquero, cómo suben con los peces en la boca, cómo gritan de felicidad. De repente, a su izquierda, unos delfines saltan, gritan y juegan chapoteando con sus enormes cuerpos. Se aleja un poco y divisa una isla. Parece bastante pequeña. Al acercarse, la isla crece, se dibuja en el horizonte y van apareciendo las peculiaridades de su orografía. Un monte no muy alto, pinos hasta la arena de la playa, playa blanca rodeando casi todo el perímetro, dunas en algunos rincones, un embarcadero con un yate enorme. Desciende un poco más y se acerca al embarcadero. En el barco, unas hormigas de uniforme azul friegan las cubiertas. Entre los pinos, descubre un extenso hormiguero de una sola planta, como si hubiera rebosado por el suelo de arena con muchas ventanas muy grandes, palmeras y jardines a su alrededor.

Una piscina, una cancha de tenis y otro hormiguero más pequeño, pero también tapizante, rellenan el único espacio habitado de la isla. Dos hormigas juegan al tenis y gritan enloquecidas con los puntos ganados. Tres o cuatro hacen largos en la piscina y en la playa se bañan y toman el sol dos o tres más. Aquí la hormiga reina es un macho de mediana edad, grande, orondo, sentado bajo un pino con una copa en la mano. Habla por el móvil y se ríe. Más hormigas de azul pululan por todas partes y una le atiende personalmente. Bebés hormigas juegan con un coche eléctrico.

Todos parecen felices y nada distorsiona la paz. Los grandes hormigueros urbanos en los que la agresividad salvaje parece ser la única forma de supervivencia parecen pertenecer a otro mundo, pero él sabe muy bien que es el poder y la riqueza lo que diferencia a unos de otros. Antón sigue volando y llega a una selva en la que hormigas

salvajes cazan en grupo, comen lo que han cazado, viven en cabañas sin apenas nada y también parecen felices. A la mañana siguiente, cuando vuelve al mundo, ya no se acuerda de nada, solo de la maravillosa sensación que produce volar.